

Trabajos, Comunicaciones y Conferencias

MESAS DE LAS VII JORNADAS DE TRABAJO SOBRE HISTORIA RECIENTE

Patricia Flier
(coordinadora)



FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES Y
CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

MESAS DE DEBATE DE LAS VII
JORNADAS DE TRABAJO SOBRE
HISTORIA RECIENTE

Patricia Flier
(coordinadora)

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata

2016

Las Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente se encuadran en una persistente preocupación por abordar tanto desde perspectivas teórico-metodológicas como histórico-concretas las problemáticas que este fructífero campo está generando. Las VII Jornadas aspiran a acrecentar y consolidar el amplio desarrollo que ha tenido este ámbito de estudios en los últimos años. Para ello se proponen formas organizativas que propicien aún más el desarrollo de los debates e intercambios, así como otras actividades para la difusión de las problemáticas abordadas en nuevos formatos que alcancen ámbitos no estrictamente universitarios.

Diseño: D.C.V. Federico Banzato

Corrección de estilo: Alicia Lorenzo

Tapa: Daniela Nuesch

Asesoramiento imagen institucional: Área de Diseño en Comunicación Visual

Fotografía de tapa: Alejandra Gaudio

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

©2016 Universidad Nacional de La Plata

Mesas de debate de las VII Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente

ISBN 978-950-34-1367-8

Colección Trabajos, Comunicaciones y Conferencias 25



Licencia Creative Commons 3.0 a menos que se indique lo contrario

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decano

Dr. Aníbal Viguera

Vicedecano

Dr. Mauricio Chama

Secretaria de Asuntos Académicos

Prof. Ana Julia Ramírez

Secretario de Posgrado

Dr. Fabio Espósito

Secretaria de Investigación

Prof. Laura Lenci

Secretario de Extensión Universitaria

Mg. Jerónimo Pinedo

Índice

<u>“Los años sesenta y setenta: formas y sentidos de la política y la militancia”</u> <i>María Cristina Tortti</i>	7
<u>¿Quiénes somos? Sentidos de la revolución y lo cotidiano</u> <i>Alejandra Oberti</i>	9
<u>Sentidos de la violencia revolucionaria</u> <i>Vera Carnovale</i>	29
<u>Socialismo, peronismo y revolución: nudo político de la nueva izquierda</u> <i>María Cristina Tortti</i>	37
<u>Problemas y debates en torno a la conceptualización de la dictadura y la represión</u> <i>Gabriela Águila</i>	47
<u>Violencia política, represión y terrorismo de estado: a propósito de algunas conceptualizaciones para definir el accionar represivo en la historia reciente argentina</u> <i>Gabriela Águila</i>	49
<u>Los usos del concepto de “genocidio” y el problema de la formación de categorías en las disciplinas socio-históricas</u> <i>Luciano Alonso</i>	59

<u>La noción de “dictadura cívico-militar”</u> <u>Marina Franco</u>	69
<u>Historia reciente ¿una periodización más o una nueva reflexión sobre la historia?</u> <u>Roberto Pittaluga</u>	91
<u>Consideraciones sobre los aportes de la Historia Oral</u> <u>Alessandro Portelli</u>	93
<u>Sobre el ciclo de la Historia reciente.</u> <u>Alberto Pérez</u>	97
<u>Definir y nombrar el campo de estudios de la Historia Reciente</u> <u>Daniel Lvovich</u>	109
<u>¿Qué queremos que sea la Historia Reciente?</u> <u>Intervención de Roberto Pittaluga</u>	115

Historia reciente ¿una periodización más o una nueva reflexión sobre la historia?

Coordinador
Roberto Pittaluga

Consideraciones sobre los aportes de las Historia Oral

Alessandro Portelli

Circolo Gianni Bosio - Casa della Memoria e della Storia – Roma

Yo solo quisiera añadir algunas observaciones fragmentarias y empíricas sobre el papel de la historia oral en la historia reciente.

La primera consideración es que la historia oral siempre es historia presente. No solo porque se puede hacer historia oral solo con individuos que están presentes y, que entonces el contenido de esa historia es el contenido limitado por la memoria viviente de los individuos y de los grupos sociales. Sino también, porque cada documento de la historia oral, cada entrevista... podemos entrevistar a alguien sobre la resistencia anti-nazi en Italia en el '43-'44, pero si la entrevistamos hoy, la entrevista es un documento sobre el pasado pero es un documento del presente. Es un documento en que se construye la relación entre el pasado y el presente, y el impacto que el pasado puede tener en el presente. Por ejemplo, todo el revuelo histórico en Italia desde los años '90 en que la memoria de la Resistencia y del antifascismo han sido cuestionados por una historiografía de derecha. Eso no es solo una cuestión de interpretación histórica del pasado sino la fundación de los cambios políticos del presente que siguen en Italia hoy.

Otra consideración es qué quiere decir historia del tiempo presente, cómo vamos a distinguirla de la crónica y del periodismo que se ocupan del tiempo presente. Yo creo que es una cuestión de perspectiva y de profundización. La historia reciente, la historia del tiempo presente convoca los acontecimientos en una perspectiva de largo periodo, nos conecta con el pasado pero también

con el futuro. A mí me llama la atención una definición de Henry David Thoreau que habla del presente como un punto móvil, el que se encuentra entre dos eternidades, el pasado y el futuro. Es una frontera puntual inalcanzable entre estas dos eternidades y, entonces el problema que se plantea es que el trabajo sobre la memoria hoy es una forma de construir la memoria del futuro.

Me ocurre a menudo de hablar con grupos de estudiantes de escuelas secundarias sobre la memoria de la Resistencia y del antifascismo y siempre les digo: “mira, lo que es importante de cuando escuchamos esos testimonios de ese pasado, no es simplemente las cosas que nos dicen, sino también que ellos recuerdan que en el tiempo pasado estaban construyendo la memoria de aquel tiempo para el nuestro”.

Settimia Spizzichino es la única mujer que sobrevivió a Auschwitz de los primeros 1022 deportados de Roma, me decía: “cuando yo estaba en el campo de exterminio, yo siempre pensaba: -Señor sálvame, Señor sálvame- porque tengo que sobrevivir y contar”. Entonces, lo que es importante en el ejemplo de Settimia Spizzichino, no es sólo porque ella nos dice cosas sobre Auschwitz sino qué nos dice cosas sobre cómo construir la memoria. Y entonces, ¿quién tendrá el cargo de la memoria histórica del 2014 en 2060 sino los adolescentes de hoy? Entonces, el ejemplo de los testigos, de los narradores, de los sobrevivientes es un ejemplo metodológico también. No solo se acuerdan de cosas, se acuerdan de acordarse. Nos enseñan cómo se construye la memoria futura.

La otra cosa que me llama la atención es que en la historia del tiempo presente no sabemos cuáles de los infinitos acontecimientos que están ocurriendo en este momento, se volverán historia. Cuáles serán los acontecimientos que tendrán sentido, que tendrá significado en el futuro. Entonces ese trabajo es una construcción de hipótesis. Por ejemplo, en 1953, en Terni, en Italia, hubo una elección donde se eligió al nuevo alcalde y hubo una huelga. Si se leen a los historiadores oficiales del partido, el acontecimiento importante es la elección, qué porcentaje de votos el partido comunista ganó en esa elección... De hecho el acontecimiento importante es la huelga. Es de lo que todos se acuerdan. Es el acontecimiento periodizante para los trabajadores y es también el acontecimiento y el motivo del porqué hoy en Terni están en huelga. Y están haciendo exactamente las mismas cosas que hacían en el '53. Entonces hay una multitud de acontecimientos, de cosas que ocurren en este

momento. Me parece que la tarea del historiador es de imaginar qué cosa será histórica en el futuro y qué cosas tendrán sentido 40 años después.

Y la otra cosa es que la historia contemporánea no es la tradición oral, la misión de la tradición oral era de preservar la memoria social, la memoria del grupo porque no tenía un soporte material. Con la invención de la prensa y de todos los medios electrónicos, el problema es que todos esos tipos de memoria se van a ir desvaneciendo. Pero la oralidad tiene ahora una función distinta, que es la función de poder ser una forma de expresión fluida, una forma de expresión improvisada, una forma de expresión que está atada exclusivamente al momento actual. Entonces, las fuentes orales son siempre fuentes de una oralidad improvisada, de una oralidad en devenir. Que es funcional a una historia en devenir, porque la historia es un proceso que está en devenir, que está en formación, que no es formalizada, estructurada. De manera que no podemos decir ésta es la historia del 2014. No se sabe qué es historia en el 2014.

El problema que las fuentes orales plantean, es también que si hablamos de historia reciente, de historia contemporánea, hablamos de una época en que no hay muchas fuentes escritas porque aún no están abiertos los archivos, sino que hay una cantidad infinita de fuentes orales. El problema es precisamente que las fuentes orales son infinitas. Porque si vamos a hacer una historia de esta conferencia, tendríamos que entrevistar a todos los participantes y todos los que podrían participar y, cuando terminemos de entrevistarlos tendríamos que re-entrevistarlos porque la memoria habrá cambiado y tendrán otro punto de vista. Entonces, las fuentes orales no acaban nunca. El hecho reconocer que existen las fuentes orales, afecta todo el trabajo historiográfico de esta condición inacabada. El mito positivista de que el historiador científico puede agotar todas las fuentes, es un mito si hablamos solo de las fuentes escritas pero cuando piensas en las fuentes orales eso es imposible. Y entonces la fuente oral, la naturaleza de la oralidad y el propio hecho de que las fuentes posibles son infinitas cambia la naturaleza de todo el trabajo historiográfico. Que se vuelve hipotético, que se vuelve un proceso de transformación, nunca acabado. Entonces la historiografía se vuelve algo mucho más cercano a la imaginación. Porque nunca se puede saber si tendremos otra hipótesis, otra narración, otro testimonio, otra fuente que va a añadir algo que aún no sabemos.

Sobre el ciclo de la Historia reciente.

Alberto Pérez

x
x
x
x
x

Bueno, digamos que tomo como el propósito inicial de esta reunión el decidido fervor aquí enunciado para que esto sea un lugar de discusión y, por lo tanto, propongo un asunto abierto para que podamos debatir por algún motivo, tal vez, interesante.

Seguramente sonará esquemático, pero parto de una certeza, voy a trabajar sobre tres autores. Un autor lo conocen porque es Cristina Tortti que incluso está aquí con nosotros, los otros dos autores son Theodor W. Adorno y Walter Benjamin.

Bueno, mi intención es meterme en el campo de la Historia reciente tratando de preguntarme algunas cosas que todavía me siguen resonando, y me parece que, en el fondo, podrían definir este ciclo con cierta especificidad. Bueno ése es el disparador por el cual me decidí a juntar estas tres disímiles referencias.

I. Una sociedad desafiante.

El punto de partida es tomar la recorrida que propone Tortti sobre la Historia reciente, más puntualmente sobre la problemática de la nueva izquierda en el campo de la Historia reciente, en su artículo “Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del GAN”. Así que la voy a resumir rápido y mal,

seguramente; tenemos acá a la autora delante de nosotros así que me va a poder corregir cómodamente.

Lo que plantea es el surgimiento de la nueva izquierda en la Historia reciente argentina, ésa es la preocupación que tiene la autora, ese espacio empieza a plantearse o empieza a abordarse a partir del surgimiento, desarrollo y derrota del movimiento combinado de modernización cultural, protesta social y radicalización política de los años '60-'70. Teniendo un momento de especial potencia identificado con el Cordobazo y sus consecuencias, que, en un sentido, impulsa hacia una crisis social y política al régimen político de entonces. Hay, por supuesto, una lectura crítica en esta producción, para confrontar con interpretaciones que reducen la cuestión al auge de la violencia, a una visión vinculada a la presencia de la violencia política y las acciones político militares. Poner ese núcleo en el centro de la interpretación significa un primer problema a desglosar en el campo de la Historia reciente. Entonces lo que ella propone -y acá empiezo a hacer una lectura más libre- es tomar el golpe de 1955 y la proscripción del peronismo como una señal, como un punto de partida, que va luego a signar la inestabilidad del sistema político, la ilegitimidad del poder estatal y la crisis económica recurrente. Ahí están condensadas tres líneas en las que el Estado comienza a estar acorralado por una serie de objeciones y, en contracara, aparece una sociedad civil crecientemente activada, con un marco de gran conflictividad social en el que es visible el desarrollo de una modernidad cultural y de la radicalización política. A partir del golpe de Estado de 1966 hay una aceleración de esa lógica, de lo que yo llamaría de la expresión de esa sociedad civil. La experiencia social comienza a sumar una serie de expectativas y cada vez son más numerosas las acciones que manifiestan la sensibilidad esa sociedad civil, pujante, creadora.

Toda esta movilización, toda esta transformación social, termina por configurar una construcción peculiar; en principio con la proliferación de movimientos sociales, donde empieza a acuñarse lo que va a ser la dirigencia política de la nueva izquierda.

¿Qué es lo que podemos encontrar en este tránsito? Ciertas características que empiezan a emerger en el horizonte social y político argentino, como la aparición de direcciones clasistas en el movimiento obrero o bien, la emergencia de la idea de que la violencia puede tener alguna capacidad decisoria en lo que hace al cambio social y político. Entonces, en esta construcción se

enlazan también una serie de reacciones, de organizaciones y de presencia social activa en el campo de la educación, en el campo de las comunidades terapéuticas, en ciertos colectivos profesionales, abogados laboristas, defensores de presos políticos, etc. Toda esa movilización social, toda esa efervescencia social termina armando la trama del **campo del pueblo y de la revolución**. La potencia de estos movimientos está marcando una radicalización política. La aproximación a la referencia del socialismo y la idea del pueblo como algo que debe ser atendido, se suman también a un movimiento de autocrítica, se autocrítican los intelectuales tanto del socialismo como del comunismo de su distancia con las experiencias populares y particularmente del peronismo. Una tendencia que está movilizándose es cierta temática ligada a una peronización, es decir a la idea de que el peronismo puede encarnar una alternativa de construcción hacia la izquierda. Hay entonces un movimiento de radicalización dentro del peronismo y, a la vez, en sectores cristianos que empiezan a tener socialmente una nueva proyección.

Este horizonte radical, esta idea de que se puede hacer una transformación política por izquierda, que hay una serie de fuerzas que confluyen en ello, produce una fractura en la dirigencia tradicional y en la nueva izquierda. Es decir que estos dirigentes surgidos de la movilización social empiezan a ser los que discuten la conducción de eso que Tortti llama “la trama del campo del pueblo y de la revolución”. Esa perspectiva es la que empieza a ponerse en el centro, entonces lo que se agrega a este campo es la idea de que esos sectores más duros de la nueva izquierda comienzan a simplificar la lógica del campo popular y de la revolución, y proyectan allí la figura articuladora de la confrontación amigo-enemigo como nota central y a partir de eso se empieza a naturalizar la lógica de guerra. En ese contexto, se está muy cerca del gesto extremo de todo este proceso de radicalización que culmina en la disputa del monopolio del uso de la fuerza por parte del Estado.

De este modo podría entenderse el ciclo de la historia reciente, que uno puede extenderlo, no sólo en este momento de emergencia de una nueva izquierda sino pensarlo hasta el final de la dictadura. Es decir una historia reciente que incluye también la dictadura '76, '83 y, a partir de eso, podemos pensar de qué manera la historia reciente puede mirar -de hecho creo que lo hace en forma muy aguda, muy profunda- la especificidad de ese proceso que Tortti describe muy bien, de la emergencia de esa nueva izquierda y por

otro lado de una derrota que termina apareciendo en perjuicio del campo del pueblo y la revolución.

Esa conjunción es la que a mí me lleva a preguntar ¿qué hay en el ciclo de la historia reciente hasta el final de la dictadura en 1983? A mí me parece que hay dos aspectos muy interesantes para poner en consideración dentro de este ciclo, espero que puedan entenderse.

Uno de ellos es que hay una *matanza* y, ésa es una primera elección, hablar de matanza. El segundo es: que hay una *derrota*. Son dos preguntas que a mí me interesa pensar como núcleos importantes del ciclo de la Historia reciente. La operación que propongo es abrir una perspectiva esquemática para que podamos discutir y aportar, es decir, pensar la matanza conectada con alguna referencia a Adorno, y la derrota con Benjamin; correré además el riesgo de ser sumario.

II. ESMA, individuo y matanza.

Arranco con la primera cuestión: la matanza. Entro desde la idea de matanza pensando en Esteban Echeverría, porque me parece muy provocador pensar que la zaga del cuento argentino como género comience narrando la matanza de un unitario vinculada a la creación de un sistema de poder -el de la federación- y, como lo dice el autor al final de su relato: “puede verse a las claras que el foco de la federación estaba en el Matadero.” Allí se establece una conexión entre las valoraciones sobre los unitarios que tienen los federales y un individuo que es matado por ser unitario. Auschwitz o la Esma son un engranaje en una maquinaria mayor que culmina en el exterminio de individuos. La matanza es el gesto final de esa maquinaria.

Se puede detectar cierta ligereza que tiene que ver con el lugar común de una identificación entre la ESMA y Auschwitz. Circula una lectura según la cual sabemos qué sucedió en la ESMA pues ya nos lo contó Adorno en su *Dialéctica negativa*. La idea de fondo de esta interpretación propone cierta repetición, algo conocido que se repite. Esta mirada incluye el riesgo de ver lo nuevo en términos de lo conocido y mecánicamente perder de vista la especificidad del fenómeno que queremos pensar.

Lo que me propongo como perspectiva es atender a la manera en que Adorno tematiza el complejo del fenómeno Auschwitz, es decir, cómo piensa lo concentracionario y, a partir de ese contraste mantener algunas de las

preguntas que Adorno proyecta al espacio que rodea al fenómeno concentracionario en sí, y que tiene que ver con la historia, con la historia universal, con el sentido de la aparición de ese fenómeno en un cierto momento de la historia, etc., etc.

En ese contexto me parece que podemos empezar a pensar de qué se trata lo que de algún modo tiene que ver con la especificidad de la experiencia concentracionaria argentina. Por supuesto, no deberíamos tomar un ejemplo único, al modo en que Adorno toma como emblema a Auschwitz para sostener un análisis sistémico y global desde el que se conecta ese emblema con las funciones básicas del sistema capitalista en el marco de la sociedad alemana que guarda un estricto silencio sobre el pasado nazi mientras marcha presurosa en la recuperación económica de posguerra. Explícitamente, Adorno coloca a Auschwitz en el lugar de aquello de lo que no se puede hablar y su *Dialéctica Negativa* se obstina en el esfuerzo por decir algo acerca de *lo que no se puede hablar*.

Aquí, en Argentina, hubo una red muy compleja a lo largo de un territorio repartido entre las fuerzas armadas, en las que funcionaron también fuerzas policiales y de seguridad; donde se encuentran variantes de todo tipo de lugares de detención, tortura y exterminio y, además, hubo una nutrida referencia pública por parte de las víctimas que desde el exilio, en tribunales internacionales y nacionales, publicaciones políticas, etc. presentaron una multifacética versión de los represión estatal que terminó en la larga serie de intervenciones judiciales desde el juicio a las juntas hasta los juicios a otros partícipes del sistema represivo.

Entonces, en principio, la idea global de Adorno podría definirse más o menos así, presentando esquemáticamente la *Dialéctica negativa*. Lo que plantea es una constelación de ideas que permiten pensar el campo de concentración de Auschwitz, y que son las ideas de *historia, muerte e individuo* puestas en una tensión no resuelta para iluminar Auschwitz. Ahora bien, la tercera pieza de esta constelación con la que propone pensar el fenómeno concentracionario es el individuo pero, el individuo visto como *la categoría degradada de la sociedad burguesa*, es decir estamos ante una abstracción que se refiere más bien al lugar del individuo en el diseño y desarrollo de la sociedad burguesa. Entonces ¿qué es lo que pasa en el campo de concentración? ¿Qué es lo que pasa en Auschwitz?

En Auschwitz hay una remisión de la vieja noción de cultura en todo su sentido, que directamente está conectada a la lógica del campo de concentración. ¿Por qué motivo? Bueno, justamente porque la cultura está situada en el centro de una operación que se apoya en una interpretación del espíritu de cada época. ¿Cuál es la interpretación del espíritu de la época? Es la interpretación hitleriana de lo que en aquel presente significaba lo humano. De lo que aceptamos para que siga viviendo o decidimos que debe ser exterminado. Eso tiene que ver con una cultura que nace en Hegel donde se pueden tomar “libremente” decisiones sobre la continuidad de un individuo. Efectivamente, Hegel dice, absolutamente impávido y sin ningún problema, tematizando el complejo muerte, individuo e historia que el individuo tiene un valor que puede ser anulado directamente con el mismo sentido con el que tomamos un vaso de agua, o cortamos la cabeza de un repollo. Es decir, sobre el individuo no tenemos nada que reclamar porque lo que importan son los grandes procesos de la historia, lo que importa son las marchas del espíritu y, por lo tanto el individuo, lamentablemente, puede exterminarse; el individuo puede hacerle su más alto homenaje a la libertad al dar su vida por ella. Es decir, en un ejército nacional, un individuo puede morir por la libertad, y esto es lo más cerca que va a estar de figurar en la historia del escenario de desarrollo del espíritu de la época europeo.

En ese contexto, digamos, Adorno lo que está mostrando es cómo la noción de muerte está ordenando la lógica de la organización social; habla de la dialéctica del amo y el esclavo; habla de que, quien afronta la muerte y la *supera*, entonces es el amo y por lo tanto ordena y articula el sistema social en su conjunto. Obviamente, éste no es el destino que le toca al individuo que muere en el campo de concentración; éste, en realidad es la **categoría de individuo degradada de la sociedad burguesa**. ¿Por qué es posible el campo de concentración? Es posible Auschwitz por la frialdad de la sociedad burguesa, hay una lógica de continuidad entre el libro de contabilidad de doble entrada, y la lógica concentracionaria. Con esa misma lógica, con esa frialdad calculatoria burguesa, se puede producir la mecánica de la economía mercantil y el fenómeno concentracionario.

Esta idea está claramente ligada en Adorno a una lectura pesimista respecto de la historia. Es una lectura materialista de la historia en la que la figura que nos presenta la lógica del proceso histórico es el formato del eterno

retorno de lo mismo. Es decir, la historia universal está repitiendo el formato del dominio de clase sobre clase, y por lo tanto no hemos salido de la prehistoria del género humano, no hay efectivo cambio. Se mantiene lo que él llama un modelo de **historia natural**, una historia que repite su forma mecánica y permanentemente.

La idea de que en Auschwitz nace un nuevo imperativo categórico, significa que ahora no tengo un imperativo formal abstracto que ordena pensar la máxima de mi conducta particular de acuerdo con la ley universal. La novedad es que después de Auschwitz tengo un imperativo práctico; después de Hitler tengo que educar para que no se repita el campo de concentración. Y Adorno apuesta a esa idea aun advirtiendo que educar contra la posibilidad de repetir Auschwitz no significa que no se vaya a repetir; de hecho, para cuando se publicó la *Dialéctica Negativa* en 1966 refiriéndose a Auschwitz el autor, debió consignar repeticiones notables: luego de Auschwitz estuvieron Nagasaki e Hiroshima como lo menciona en el prólogo del libro.

Bueno, quiero decir con esto, que aquí tenemos una visión que, desde una abstracción que es *la degradada categoría burguesa de individuo*, reconstruye una lectura crítica del campo de concentración que se centra en una visión de la historia que toma al individuo y, muy particularmente, a su cuerpo, como una dimensión completamente prescindible. Es decir que la categoría socialmente degradada no reconoce en el individuo concreto otras dimensiones a considerar fuera del uso instrumental del mismo, al punto que en el momento de su eliminación efectiva en Auschwitz, ya han remitido todas las características auténticamente humanas de las víctimas.

¿Qué me interesa remarcar en lo que hace a la peculiaridad de la matanza en Argentina dentro del ciclo de la historia reciente? En ese contexto, lo que encontramos es una conexión entre víctima y victimario, situada en el centro de la lógica concentracionaria, completamente distinta a la que plantea Adorno. La víctima es pensada como un sujeto activo dentro del campo del pueblo y la revolución, un emplazamiento completamente distante del individuo como categoría degradada de la sociedad burguesa.

Por eso rescato la perspectiva de lectura de Cristina Tortti sobre la Historia reciente ya que, me parece que muestra la lógica de desarrollo social, de manifestación de una sociedad civil que tiene un conjunto de proyectos

de construcción y un horizonte de futuro socialmente gestado; que está pensando en una manera de transformar la sociedad, que tiene esos ideales y una crítica de la sociedad que desafía a una confrontación de tipo estratégica. La relación entre víctima y victimario en la que se sostiene una disputa estratégica es aquella en la que el victimario está intentando anular a aquel individuo que tiene alguna función dentro de la disputa por el manejo del campo del pueblo y de la revolución, proyectado al horizonte del desafío acerca de la sociedad y el Estado.

Me parece que en ese sentido la Historia reciente hace un trabajo fundamental que es pensar una serie de prácticas y de construcciones simbólicas para mostrar más nítidamente la trama social que se esconde detrás de los acontecimientos y desarrollos del período. La acumulación del trabajo empírico a partir del que cual se pueden pensar los procesos de la Argentina reciente es muy considerable.

Desde esa entrada al período, desde la lectura de esa complejidad es posible captar con cierta perspectiva el complejo que rodea a la matanza argentina y que no será sencillo desentrañar. Efectivamente, además de matanza en el sentido de la eliminación directa de individuos hubo un sistema de desaparición de personas, apropiación de hijos, cambios de identidad. No es sencillo siquiera enumerar los rubros de este complejo, la zaga de operaciones políticas que articuló el aparato genocida para descomponer la trama de la construcción revolucionaria que, incluso llegó a acometer el intento de construcción de una fuerza política desde el interior mismo del encierro concentracionario.

Sí, es cierto que tanto en Auschwitz como en la EsMA hay una articulación instrumental de la víctima. Sin embargo, en la EsMA la perspectiva de la instrumentación parte desde el reconocimiento de la función social y política de los sujetos, aun tomando en cuenta que el horizonte de la aniquilación está presente desde el principio y de que el ensañamiento con el cuerpo es una parte muy importante de la reclusión concentracionaria argentina. Es necesario reparar que en el caso de Argentina está en juego un enfrentamiento estratégico inscripto en la lógica de la dominación, en el marco de una confrontación con una estrategia revolucionaria. Alegada o real supone la lucha con una categoría muchísimo menos abstracta que la “categoría socialmente degradada de individuo”.

III. Derrota.

La derrota es el otro asunto que creo tiene que ser pensado.

Sobre todo respecto de la derrota hay mucho que caracterizar, que definir. Lo que creo es que hay certeza de que hay derrota aunque domine una fuerte negación a hablar francamente del tema.

La pregunta fuerte es ¿qué fue derrotado? Cambian los acentos si uno dice: “fue derrotada la revolución” o, bien: “fue derrotada una figura que entendía unilateralmente la lógica de construcción político social” o, porqué no referir la derrota a la incómoda situación de sostener un conjunto de programas que se dispersaron en un delta infinito de cursos autónomos agotados en sus soledades irreconciliables. ¿Puede acaso fracasar la revolución que no se ha hecho? Todo eso es un complejo a desmontar y poder repensar pero, de hecho, no hemos triunfado.

Aquí es que recorro a Benjamin, a la idea de una programática teórica para nada temerosa de pensar la derrota.

En principio él ve, como Adorno, como el materialismo de la tradición clásica, toda la trayectoria histórica como prehistoria del género humano, ésa es la tradición de los derrotados, la de todas las generaciones de los muertos que vivieron y murieron en injusticia; ahora bien, ese ominoso pasado no es concebido como la historia natural adorniana que solo repetirá la pesadilla del dominio con leves trazos diferenciales. Walter Benjamin acepta la perpetuidad de la derrota de la historia humana pero, elige otro “eterno retorno” nietzscheano para organizar su lectura de la cadena de derrotas de todas las generaciones pasadas.

El pasado, ese impenitente desafío de la historia es una cantera a disposición del historiador para rescatar los materiales de las luchas pasadas; la idea de que hay una tradición de los derrotados que está en las Tesis sobre el concepto de historia. Allí, Benjamin lo que nos está diciendo es que en esa tradición de los derrotados tenemos adonde remitirnos para encontrar la manera en que en el pasado estaba iluminada esa petición de una transformación, esa apertura de una proyección mesiánica y para apropiarse de ese pasado, traerlo al presente y reconfigurarlo. Volver a ponerlo en consideración, mostrar el horizonte de expectativas de una generación, de un determinado momento que manifiesta un ciclo. Esa es una manera en la que se centra en una cosa que para Benjamin es primordial, que es el corazón de las Tesis sobre el con-

cepto de historia y que es la disputa sobre la historia; es decir, la posibilidad de desarticular esa noción que está tomada por los vencedores. No se trata del Manifiesto Comunista donde la burguesía mala y creativa, por un lado y, el proletariado santo y rebelde, por el otro, se confrontan y ven como cada uno arma un mundo a su medida, sino que se trata de los que fueron dominados y los que dominan hoy. De qué manera la historia se convierte en un botín de todo ese despojo que hacen los triunfadores. Y los dominados son justamente los que pagan ese precio, pagan ese martirio.

Ahí podemos pensar que la discusión está más bien en un campo gramsciano, en una escenografía en la que lo que se abre es el campo de discusión sobre el sentido de la historia especialmente dentro del ámbito de la disputa cultural que se da en la representación de la historia. La historiografía, en alemán la misma etimología que en castellano: escritura de la historia/ *Geschichtsschreibung*, ése es el territorio del otro “eterno retorno” nietzscheano: siempre habrá dos historias en proceso, la de los vencedores y la de los vencidos. Es allí en donde radica una demanda profundamente ética, política y vital para el historiador: no puede negarse a ver la derrota porque ése es el verdadero rostro de la tradición de los derrotados a los que les debemos memoria. Este lazo de conexión ética entre las generaciones es el que abre la posibilidad de pensar en la verdadera situación de la humanidad para encender una comprensión vivificadora del pasado en el que sucedió la derrota y traerlo al presente, para que las nuevas generaciones se sumen a esta lucha en torno a la escritura de la historia.

Es en este punto en el que reencuentro la pregunta por la continuidad de la Historia reciente en democracia donde vemos de nuevo el costado de la confrontación estratégica. Ahora, en la cultura, en la representación, en la historiografía, especialmente en ella, se renueva el desafío de la recuperación de la memoria que pasa de generación en generación y transforma cada presente.

Podría decirse que, en el contexto de la Historia reciente, la derrota es constitutiva del propio campo pero, podría también refutarse. Mejor sería decir que en cada nuevo escenario histórico debemos estar a la espera de desarrollar una historiografía que sostenga el empecinamiento por conservar viva la lucha que otros perdieron para intentarlo nuevamente; sin esa porfía todo estaría perdido otra vez. La firme atención de la Historia reciente -en la agenda pendiente e inconclusa que enfrentamos desde la recuperación demo-

crática- es el laboratorio en el que ajustaremos cuentas como generación con los desafíos de la época; tal vez, allí, podríamos preguntarnos entonces por lo que queda por hacer y si esta apuesta sigue siendo un desafío estratégico.

Definir y nombrar el campo de estudios de la Historia Reciente

Daniel Lvovich

En el año 2010 publicamos junto con Marina Franco, Ernesto Bohoslavsky y Mariana Iglesias dos tomos sobre los problemas de la historia reciente del Cono Sur y en la introducción presentamos un balance del campo en el que destacamos algunos de sus rasgos principales.¹ Creo que escribimos en el 2009 este texto.

Destacábamos como particularidades del campo en primer lugar, por supuesto, sus vínculos con la explosión de la memoria, las políticas de la memoria, la cultura de la memoria – esa cultura que pone a la víctima en el centro de la conciencia - y de allí el estrecho vínculo con el origen de las preguntas, en el origen de los intereses, en la memoria como objeto y en la memoria como una de las fuentes de la investigación. Entonces hay una cultura de la memoria que orienta un conjunto de preguntas, que define intereses, que recorta campos. Y hay una conciencia del historiador acerca del vínculo entre la existencia de esta cultura de la memoria, esta definición de intereses y los intereses investigativos que orientan la tarea historiadora.

En segundo lugar, y muy vinculado con la primera, señalábamos la evidente dimensión política del campo de la historia reciente. Un vínculo no solo explícito sino consciente entre el objeto de conocimiento, entre la actividad de conocimiento y la búsqueda de verdad y justicia. Cierta espíritu militante, muchas veces empático con determinados actores a los que se estudiaba, y

¹ Ernesto Bohoslavsky, Marina Franco, Mariana Iglesias y Daniel Lvovich (comps) *Problemas de historia reciente del Cono Sur*; Buenos Aires, UNGS – UNSAM, 2010.

manifestado también en la voluntad de muchos de convertir ese saber, de vincular ese saber con ciertas políticas de la memoria, con ciertos modos de intervención social.

Pero también, y este es el tercer elemento que decíamos hace 5 o 6 años, frente a la memoria, frente a la dimensión política, frente a la empatía, destacamos el gesto crítico, el gesto de establecer cierta distancia no solo respecto, por ejemplo, a los mismos actores con los que sostenemos situaciones de empatía, actores revolucionarios de la década del '60 o del '70, sino también respecto a las políticas de memoria que son tributarias esas identidades.

Y encontrábamos en aquel momento cuatro tendencias, cuatro características de las estrategias de investigación que nos parecían importantes, que no definen solo el campo de la historia reciente pero que están muy presentes en este campo.

- En primer lugar observábamos en aquel momento una modificación de las escalas tradicionales de análisis de escala nacional, por la presencia de dos tipos de desarrollos: uno de tipo más micro o local, y uno de tipo transnacional, en muchas ocasiones muy fuertemente vinculado a la dimensión transnacional de la represión.
- En segundo lugar una tendencia que en ese momento era incipiente y en este momento es mucho más importante: la ampliación de los actores sometidos a análisis. Frente a un momento en el que las políticas revolucionarias y las políticas represivas ocupaban el centro del análisis, se pasan a abordar ahora también elementos de la cultura, elementos de la historia del delito común, elementos de la vida cotidiana, etc.
- En tercer lugar la intersección disciplinaria o multidisciplinaria, la mixtura disciplinaria y metodológica como marca. Voy a decir dentro de un rato que la historia reciente es historia, pero ahora voy a decir que la historia reciente en un sentido no es historia: es una mezcla de sociología, antropología, estudios culturales, etc., de manera indisoluble, difícil de separar y esto es una marca que permite entender cierta especificidad del campo.
- Y por último, por aquel entonces también incipiente y hoy consolidado, resulta una marca fundamental el cuestionamiento a la periodización más habitual de la historia política, sobre todo en la tajante división entre

democracia y dictadura. En el mismo libro al que me referí se publicó un texto de Roberto Pittaluga sobre la Masacre de Trelew que era muy claro en ese sentido², que fue capaz de inspirar una serie de textos que aparecieron posteriormente y que avanzaron mucho en ese sentido.

Creo que este panorama trazado hace cinco o seis años era acertado y sirve como un primer elemento para pensar algunas cuestiones que permitan definir este campo.

Elegí en segundo lugar pensar como llega un estudiante, un becario, un interesado en trabajar la historia reciente. Y pienso en tantos encuentros con entusiastas, jóvenes o no tan jóvenes, progresistas, de izquierda, revolucionarios, vinculados a los movimientos de derechos humanos, que quieren hacer algún trabajo historiográfico a partir de sus intereses ético políticos. Esta intención se vincula a las políticas de la identidad, al homenaje, al reconocimiento, a tender puentes entre el objeto de estudio y este presente. Y nosotros, o yo por lo menos, funcionamos como una especie de “policía del trabajo”, decimos “está muy bien tu interés, comparto tu posición política, reconozco tu ética y me solidarizo con ella, pero acá hacemos otra cosa” y lo que hacemos es historia. Es decir, partimos de estas creencias, las compartimos, pero hacemos el esfuerzo de separarnos de ellas – pese a descreer de toda ilusión positivista - o al menos de no dejarlas fuera de nuestro horizonte crítico, al someterlas a las mismas preguntas y a los mismos controles a los que sometemos al resto del universo en nuestro trabajo como historiadores. Hacemos historia, no hay otro modo para ello que someter a la sospecha, a las operaciones de crítica a todo, incluidas las creencias sobre las que se funda nuestra identidad.

Antes dije: no es solo historia, ahora digo, hacemos historia. Es cierto que hacemos historia apelando a procedimientos y métodos que en buena parte de la historiografía tradicional no tienen siempre cabida y me parece que este era uno de los señalamientos que formuló Roberto en su intervención. Entonces el trabajo con el testimonio, el tratamiento de la historia oral, las preocupaciones metodológicas en torno al testimonio, los cuidados que

² Roberto Pittaluga, “El pasadorecienteargentino: interrogacionesentorno a dos problemáticas” en Idem

tienen que ver con la peculiaridad de lo testimonial en caso de situaciones traumáticas, nos separan un poco de otras corrientes de la historiografía, incluyendo aquellas dominantes o hegemónicas. Este recurso habitual a la historia oral y la reflexión recurrente sobre el testimonio nos aleja del campo más tradicional de la historia pero nos acerca a ciertas corrientes y tradiciones muy exploradas en sociología, antropología, y en diversas exploraciones del mundo de la cultura.

En realidad hay que ser cauteloso al decir corrientes dominantes o hegemónicas porque si se mira el avance de nuestros temas en los distintos congresos hace rato dejamos de ser marginales para pasar a ser, no sé si lo contrario, pero claramente ocupando un espacio relevante en el campo historiográfico

Hacemos una historia radical, fundada en una inspiración normalmente de izquierda, progresista, igualitaria, justiciera. La historia reciente no es la única que tiene estas características, nos emparentamos aquí con la historia obrera, con buena parte de la historia social, con la historia del trabajo, con alguna parte de la historia de género, con la historia de la vida cotidiana. La Historia reciente comparte con ellas la misma vinculación entre las perspectivas progresistas o de izquierda, la manera de elegir y recortar sus objetos, la manera de trabajarlos a través de la búsqueda del balance entre empatía y distanciamiento para hacer algo que no sea solo prestar o ser portadores de una voz que no es la nuestra. De allí que otra de las características de la historia reciente es el necesario vínculo, mediado por la crítica, con los movimientos sociales en sí o con sus demandas, con la actividad política, con la actividad del movimiento de derechos humanos.

Creo que hay una característica que explica mucho el caso argentino, me parece que la vinculación de nuestra actividad académica con la acción de la justicia es consustancial. Me parece que hay determinadas preguntas que se pueden hacer porque muchos de los responsables del terrorismo de estado fueron procesados y condenados, me parece que hay determinado tipo de actividad con la que la historia y la justicia se alternan. No está de más recordar que para el caso español de los años treinta, cuarenta y cincuenta - que en España se incluye dentro de la historia reciente o del tiempo presente - la reconstrucción de buena parte de la actividad criminal del estado y de los

militares alzados en armas en 1936 la realizó la historiografía no la justicia, mientras en el caso argentino, la mayor parte de la reconstrucción de la actividad criminal la realizó la justicia y no la historiografía.

Entonces, lo que hacemos es historia, de un modo particular pero no único, que se emparenta con otras tradiciones como es el caso muy antiguo de la historia obrera, la historia social, y que se vincula por sus métodos, por sus preguntas, por el tratamiento de la fuente oral, del testimonio, con algunas de las ciencias sociales que lo hacen desde hace mucho tiempo, como la sociología o la antropología. Y como trabajamos normalmente con un pasado que no pasa, nuestra práctica se vincula con la vida política y social, con las políticas de memoria, con la acción de la justicia.

Con esto quiero decir que esta mezcla es lo que resulta particular, pero ninguno de estos elementos es peculiar en sí, siempre lo compartimos con otra tradición, con otra problemática, con otra disciplina. Entonces me preguntaba, ¿porque se llama así? ¿Porque no hacemos historia social o historia contemporánea o historia X? No tengo respuesta lamentablemente. Pero mi pregunta es desde cuando en Argentina se llama historia reciente a lo que hoy coincidimos en llamar de ese modo por motivos que ojalá esta mesa permita iluminar. Cuando los estudiosos de décadas anteriores miraban cosas muy parecidas a los que muchos de nosotros hacemos, no se llamaba a su práctica historia reciente.

Me parece que esa nominación probablemente tendrá que ver con dificultades institucionales, se trataba algo que en algún momento sobraba, no tenía cabida, no tenía lugar en la historia, en la sociología o en la antropología tal como se las practicaba. Responder a esa pregunta nos va a ayudar a definir no un elemento sustancial del campo, pero al menos saber porque se llama así esto que se llama “historia reciente”, cuáles fueron los determinantes que yo creo que son más institucionales que de otra naturaleza y, por lo tanto casuales, que han permitido que estemos aquí reunidos para tratar de saber, en este caso para ayudar a reflexionar sobre este campo y sobre los desafíos que lanza al futuro.

¿Qué queremos que sea la Historia Reciente?

Intervención de Roberto Pittaluga

Hace varios años ya que nos preguntamos por aquello que se alberga bajo la noción de “historia reciente” o “historia del tiempo presente”, aun cuando los estudios e investigaciones que en la Argentina comenzaban a ponerse bajo esta, digamos, etiqueta tomaran como objeto un arco temporal más o menos preciso y una serie de temas más o menos delimitados. Podría decirse que, en principio, en estas latitudes, el nombre estuvo al servicio de una defensa de esas investigaciones cuando eran cuestionadas por su falta de distancia (cronológica), su apelación crucial a los testimonios y las memorias y su permeabilidad a las pasiones de “un pasado todavía vivo”. Ya estas objeciones, rebatidas con distintos argumentos sobre los que no voy a detenerme aquí, sirven para pensar algo de lo que la historia reciente puso en liza, en tanto problemáticas activas de la historiografía pero elididas en sus formulaciones académicas y que, resumidamente, podríamos designar bajo los siguientes títulos: el tiempo (lo impensado de la historia, como decía de Certeau), las subjetividades (las de los investigadores y su relación con la materia de estudio, pero más aún las fronteras de las posiciones de sujeto legitimadas para escribir historia) y la política (ese fantasma que permanentemente quiere ser puesto a raya por el discurso científico, como si éste pudiera ubicarse en algún punto de exterioridad respecto de los conflictos que atraviesan la sociedad y las condiciones sociales de producción del saber). Por supuesto, estas problemáticas son constitutivas de toda historia, de modo que no podrían definir la especificidad de la historia reciente; a lo sumo, ésta podría ser considerada el síntoma de lo reprimido en la profesionalización de la historiografía.

Aunque pueda ser así pensada, en relación al campo disciplinar constituido, las dificultades persisten. Por un lado, porque a pesar de las prohibiciones (y con ello me refiero al período que se abre con la profesionalización del campo), siempre hubo historia del tiempo presente o historia reciente.

Koselleck señalaba que tras la aparente simpleza del concepto historia del tiempo presente había obstáculos crecientes, empezando por la misma definición de “tiempo presente”, que buscaba precisar por medio de la temporalización de las mismas dimensiones del tiempo, lo que lo llevaba a concluir que el “tiempo presente” está también habitado por pasados y futuros de ese mismo presente, y aun por pasados y futuros de otros presentes ya pasados. Ambigüedad léxica de la historia del tiempo presente o reciente que se moviliza en torno a la imposibilidad sincrónica de ese tiempo presente o pasado reciente que se pretende sea el objeto de una historiografía, de una escritura, pero que socava la pretendida eucronía de quienes escribimos —como ahora se admite— desde el presente. Por lo demás, estas observaciones impiden considerar a esta historiografía como expresión de una nueva periodización, una suerte de novísima historia contemporánea (al modo en que esta última se constituyó a impulso de la temporalidad acelerada de la modernidad).

Tampoco parece haber acuerdo entre quienes ven en la actualidad un cambio en la temporalidad histórica, la cual daría lugar al surgimiento de la historia reciente. ¿Vivimos bajo un “régimen de historicidad presentista”, como afirma François Hartog? ¿O más que el dominio del presente, lo que hegemoniza la escena es el pasaje de los futuros presentes a los pretéritos presentes, que muchos autores creen descubrir en el auge memorialista y aun en las modalidades reificadas y mercantilizadas de lo memorial? Sin embargo, en ambos enfoques subsiste una temporalidad de extremada aceleración que no parecería implicar un cambio de la temporalidad sino, en todo caso, distintas formas para su tramitación social. Como se ve, ni siquiera hay acuerdo sobre si vivimos en una nueva temporalidad histórica, y si así fuera, sobre cuál sería su carácter. Menos todavía sobre las relaciones que ello tendría con una historiografía que se ocupa del “pasado reciente”.

Por lo demás, basta observar la producción historiográfica sobre ese, digamos, “pasado reciente” para percibir que se trata de un espacio que dista de ser homogéneo o regirse por patrones comunes de producción de saber. No se trata sólo de querellas en torno a las interpretaciones, sino que las mismas

formas de indagación se vertebran sobre fundamentos epistémicos antagonistas. Por ejemplo en las disímiles formas de tratar el testimonio, desde quienes hacen del mismo una instancia decisiva del esfuerzo comprensivo —trabajando las derivas significativas de esos enunciados, con su carga de temporalidades múltiples— hasta quienes meramente los adosan de modo ilustrativo a lecturas fundadas en documentos escritos o los someten a los parámetros de “verificación de su veracidad”.

Por eso me inclinaré por un desplazamiento de la pregunta: ya no “qué es la historia reciente” sino “qué queremos que sea”. La historia reciente como una oportunidad de reformulación de la perspectiva epistemo-crítica y política de la historiografía en general. Dos o tres aspectos (o algo así) en esta línea de intervención.

Cuando se objetaba el lugar eminente de lo testimonial, de los ejercicios de memoria, en la trama misma de la historia reciente, ¿qué es lo que se cuestionaba?

La convivencia de la historia reciente (de cierta historiografía, digamos) con las producciones de saberes originados en testimonios y memorias sociales, conlleva, por un lado, un careo con construcciones de sentido sobre lo pasado que escapan al control epistémico de las instituciones académicas, y cuyas verdades no puede escrutarse en función de dichas reglas (sería como aplicarle las proposiciones de la física clásica al microcosmos de la cuántica). Una contigüidad —la de historiografía del pasado reciente y la de los ejercicios de memoria— que permitió abordar la relación entre ambas al modo en que Raphael Samuel pensó sus *Teatros de la memoria* —ese “saber extraoficial” como lo llamaba— gestado en espacios sociales de construcción de sentido y de aperturas de diversos pasados que exceden el saber esotérico que, decía el historiador inglés, caracterizaba la historiografía profesional, a la vez que quebraba la ilusión autorreferente por la cual la historia, su escritura, comenzaría cuando el investigador se sienta frente a su escritorio. Reposicionamiento y puesta en cuestión de los sujetos historiadores y sus paradigmas de investigación, que obligan a la institución historiadora (esa que De Certeau decía que escribía para sí misma) a una escritura dialógica e hibridada con la escritura de la memoria (y por lo tanto a una redefinición de lo que en la tradición historiográfica se denomina “fuente”).

Por otro lado, la ilusión eucrónica a que daban lugar expresiones como

historia contemporánea (en su sentido tradicional y dominante) o a que pueden dar lugar otras como “historia del presente”, “historia del tiempo presente” o “historia reciente” puede ser desbaratada por la imposibilidad sincrónica de eso que se llama presente; de ese modo, esa historiografía puede intervenir (aunque no siempre lo sepa) desnaturalizando la temporalidad lineal y homogénea en la que se sostiene la historiografía. Pero no se trata sólo de esa dificultad de la sincronía que Koselleck descubría cuando temporalizaba las dimensiones del tiempo, sino de la interpelación constante que la historia reciente recibe de las formulaciones anacrónicas, discontinuas y fulgurantes propias de lo memorial. Al cuestionar la imbricación entre memoria e historia que, en ciertos casos, se daba en la historia reciente, la historiografía hegemónica reaccionaba en defensa de sus propios presupuestos (impensados): una concepción del tiempo, la propia de la cronología. La memoria subvierte la secuencia temporal e impide su cierre de sentido en función de su ubicación en un proceso histórico. En su ejercicio crítico del *continuum*, el recuerdo, decía Walter Benjamin, modifica, de algún modo, el pasado, transformando lo incumplido en cumplido y lo cumplido en incumplido. A lo que Giorgio Agamben agrega que si el recuerdo es en este sentido la fuerza que restituye posibilidad a lo que ha sido (y sin embargo lo confirma como pasado), el olvido es lo que incesantemente le sustrae esa posibilidad, aunque a su manera custodia su presencia. Por eso, privar a la historia de su dimensión rememorativa es desarmarla de esa capacidad de escucha por la cual ese secreto índice de las voces enmudecidas del pasado puede ser recuperado por un presente determinado. Aunque es preciso decir que ese presente es un tiempo desdoblado: si es que se pretende dar lugar a una historia crítica (en el sentido fuerte del término) es preciso un distanciamiento del propio presente para atender en él a lo que tiene de pasado ocluido.

Las dificultades para definir el presente o lo reciente no provienen de algún aspecto cronológico (del tipo que problematiza los lugares de las continuidades y las discontinuidades, y sus superposiciones). Proviene de esas potencias evocativas y rememorativas, que desdibujan la unicidad temporal de cualquier fenómeno. Y ellas se verifican en el espesor de todo fenómeno cultural. Lo sabemos bien los que hacemos historia reciente cuando nos enfrentamos con las hipótesis de las fronteras, de los límites, de los comienzos y finales, pues tratamos con sucesos que evocan, traen a presencia, pasados

remotos que saltan todos esos límites que se verifican provisorios, inestables y muchas veces obturantes.

Una perspectiva, entonces, que atienda a la multitemporalidad, a “la multiplicidad de las líneas de temporalidades, de los sentidos mismos de tiempos en un *mismo* tiempo [que] es la condición del hacer histórico”, como sostiene Jacques Rancière. Discontinuidad y multitemporalidad. Un ejemplo: en la tradición oral es imposible distinguir entre original y copia, entre creación y *performance*: así como cada cuento narrado (como bien apuntaba Benjamin) o canción versionada es una hibridación entre origen y copia, entre original y repetición, cada cuento y cada canción son contemporáneos y arcaicos a la vez, y en este sentido contienen la *arjé* (están próximos al *origen*), son hibridación de sincronía y diacronía, objetos multitemporales (cada cual es uno y a la vez múltiple); y lo mismo podría decirse de otros “objetos” como la fotografía y más en general de la imagen, o la literatura. La tradición oral es un universo fecundo en la exposición de esta multitemporalidad de cada acto histórico, a condición de entender el origen no sólo como comienzo sino como la permanencia de una fuerza operante en la historia, que es como Agamben lee la “institución indoeuropea” en la obra de Benveniste (algo que se supone acontecido pero que no puede ser hipostasiado en un hecho de la cronología). Es esta convivencia de tiempos distintos en el mismo tiempo la que permitió a los autores del ciclo *Tras las huellas de un siglo* —emitido en la TV Pública durante el año del Bicentenario— intercalar, en el programa referido a la semana trágica de 1919, escenas de aquellas jornadas callejeras con las del Cordobazo y las de diciembre de 2001, en un montaje de tiempos que reproduce los mecanismos memoriales.

Una historiografía de la discontinuidad no está exenta del riesgo teleológico, dando lugar a una historiografía que Slavoj Žižek denomina como la de la discontinuidad stalinista, pues en ésta, a pesar de los saltos temporales, se mantiene inalterada la idea de progreso, por lo que las luchas de los oprimidos del pasado anuncian y se acumulan en las de los del presente, hasta la victoria final. Contrariamente (y esto se relaciona con la discusión del primer día de estas jornadas, en relación al tema de los llamados “futuros posibles”) pienso que no se trata de contraponer una historia con lo que ella “debería haber sido”, ni tampoco con lo que “habría podido ser”, esas “otra historias” clausuradas por ciertos acontecimientos de la coyuntura, pues en ese caso, con

ciertas diferencias, se mantendría intocado el criterio temporal que estructura la narrativa histórica, por el cual aquel “habría podido” —esa *chance*, esa contingencia— pertenece al pensamiento de la necesidad histórica, y pierde así su carácter de apertura de la historia. Porque desde ese ángulo, las tentativas a contracorriente que “habrían podido ser” permanecen adheridas a la historia como *una*, es decir, a la Historia. En otra dirección, pienso que deberíamos, como un poco toscamente trato de exponer aquí, intentar desnaturalizar la idea de la unicidad del tiempo. Intentar una aproximación a la multiplicidad de la historia, a la potencia de un instante, a una posibilidad no escrita pero marcada. Leer la significación de esas marcas —y su larvado contrapunto con la historia sabida— es devolverle a ese pasado olvidado (es decir, tachado, borrado, obliterado) su actualidad, para pensarlo abierto.

Para un régimen historiográfico tal —y nuevamente recorro a Agamben— un trabajo de carácter analógico parecería ser más productivo, pues se orientaría a producir inteligibilidad histórica. La analogía —Agamben sigue en esto a Enzo Melandri— constituye una instancia alternativa a las dicotomías del pensamiento occidental entre lo particular y lo universal, al proponer una relación entre singulares sin su composición en una síntesis, sino al resguardo de su vínculo como espacio de fuerzas recorrido por tensiones polares. De este modo, la semana trágica no es el “antecedente” del Cordobazo, sino que el examen de este último en su ejemplaridad (como paradigma) permite formular inteligibilidades históricas sobre aquellos otros pasados (y presentes) sin recaer en una orientación teleológica o evolucionista. Del mismo modo, posibilita hacer de eventos como la shoá o el terrorismo de estado en la Argentina, paradigmas de inteligibilidad de otras masacres sin por ello dejar de atender a sus especificidades y sin buscar algo como un patrón general y único para la comprensión histórica. Pero una historiografía así orientada requeriría también de un régimen escriturario de la discontinuidad.

Para finalizar y no extenderme en el tiempo acordado, lo digo telegráficamente: la historia reciente (o al menos una porción de la producción historiográfica que tomó esa denominación en Argentina), por sus modos de indagación, por sus hibridaciones con los ejercicios de memoria, es una oportunidad para reformular la historiografía hacia una que trabaje (entre otros aspectos)

sobre la discontinuidad, la multitemporalidad, la inmersión rememorativa, la redefinición del sujeto cognoscente y una escritura paradigmática (y por ello también discontinua).

